

GENERALIDADES SOBRE EL 68 EN LA NARRATIVA

Es mucho lo que se ha escrito sobre el movimiento estudiantil de 1968, según mis registros, cerca de un centenar de libros, además de innumerables artículos, ensayos, narraciones, poemas, teatro y reseñas a los libros como a los grandes ensayos, aparecidos en publicaciones periódicas. Por otro lado, muchos de los libros, ya sean testimoniales, de reflexión sobre lo sucedido, antologías de poesías, ensayos, cuentos, teatro y narrativa en general se han reeditado varias veces; ahora, con motivo del aniversario número treinta del movimiento, algunos de ellos, por lo menos, han tenido una segunda edición. Sin ir más lejos, el libro por excelencia de esos dos de octubre que no se olvida, *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, lleva ya cincuenta y siete ediciones; *Los días y los años*, la novela-testimonio de Luis González de Alba, dieciocho ediciones; *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis, diez ediciones; *Regina*, de Antonio Velasco Piña, trece ediciones; las dos últimas de diez mil ejemplares cada una; *Posdata*, de Octavio Paz, quince ediciones; *La Plaza*, de Luis Spota, ocho ediciones; *Los símbolos transparentes*, de Gonzalo Martré, siete ediciones; *El gran solitario de Palacio*, de René Avilés Fabila, once ediciones; *Con él, conmigo, con nosotros tres*, de María Luisa Mendoza, cuatro ediciones, etc.

La narrativa del 68 o el 68 en la narrativa es muy amplia, de ese casi centenar de libros que en una forma u otra tratan al movimiento, cuarenta son de narraciones: siete de cuentos y treinta y tres, que con amplio

criterio podemos llamar novelas. Ya Gonzalo Martré en su libro *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela*, publicado por primera vez en 1986, y en una segunda edición este año, registra, generosamente, a treinta novelistas y divide sus obras en:

- a) Novelas políticas que abordan todos o algún aspecto del movimiento.
- b) Novelas impregnadas de la atmósfera del 68.
- c) Novelas en las que se atraviesa el movimiento fragmentaria o tangencialmente y
- d) Novelas en donde sólo se le menciona como acontecimiento de la época.

En el primer grupo, las que abordan todos o algún aspecto del movimiento, reúne a *La Plaza* (1971), de Luis Spota; *El gran solitario de Palacio* (1971), de René Avilés Fabila; la suya propia, *Los símbolos transparentes* (1978); *Muertes de Aurora* (1980), de Gerardo de la Torre; *El león que se agazapa* (1981), de Norberto Trenzo; *Recuerdos vagos de un aprendiz de brujo* (1983), de José Piñeiro Guzmán y *Los testigos* (1985), de Emma Prieto. En este primer grupo se le escapa una muy importante, *Regina* (1987), de Antonio Velasco Piña, después veremos por qué.

En el segundo grupo, las novelas impregnadas de la atmósfera del 68, reúne a Rafael Solana, con sus *Juegos de invierno* (1974), *Las rojas son las carreteras* (1976), de David Martín del Campo; *Al cielo por asalto* (1979), de Agustín Ramos; *Héroes convocados* (1982), de Paco Ignacio Taibo II y *Los octubres del otoño* (1982), de Martha Robles. En este grupo también le falta otra muy importante: la novela de Vilma Fuentes, *Ayer es nunca jamás* (1988).

En el tercer grupo, en las que se atraviesa el movimiento fragmentaria o tangencialmente, incluye a *Argón 18 inicia* (1971), de Edmundo Domínguez Aragonés; *Con él, conmigo, con nosotros tres* (1971) de María Luisa Men-

doza; *La invitación* (1972), de Juan García Ponce; *Cena de cenizas* (1975), de Ana Mairena; *Si muero lejos de ti* (1979), de Jorge Aguilar Mora; *Manifestación de silencios* (1979), de Arturo Azuela; *Palinuro de México* (1980), de Fernando del Paso; *Que la carne es yerba* (1982), de Marco Antonio Campos; *Pánico o peligro* (1983), de María Luisa Puga y *Los últimos héroes* (1984), de Isabel Arvide.

En el cuarto grupo, en donde sólo se menciona al movimiento como acontecimiento de la época, se encuentran según Martré: *Chin-chin el teporocho* (1970), de Armando Ramírez; *Apenas la media noche* (1973), de Héctor Morales Saviñón; *Compadre lobo* (1977), de Gustavo Sainz; *La hora de Babel* (1981), de Alfredo Juan Alvarez y *Parejas* (1981), de Jaime del Palacio.

Después de recorrer mis ficheros sobre el 68, así como de revisar los libros: el de Gonzalo Martré ya mencionado, el de Marco Antonio Campos y Alejandro Toledo, *Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*, UNAM, 1996, 2ª ed., 1998; el de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, *José Revueltas y el 68*, en su segunda edición, coeditada por la UNAM y ediciones Era, 1998, y el de Ivonne Gutiérrez, *Entre el silencio y la estridencia. La protesta literaria del 68*, antología de narrativa de la editorial Aldus, publicada también con motivo de los treinta años del movimiento, reconocí cuan difícil, por abundante, era abarcar en un artículo la narrativa del 68, por lo que decidí circunscribirme a la narrativa escrita por mujeres y a la novela en donde la mujer tiene un papel preponderante: *Regina*, de Velasco Piña.

Las narraciones que encontré escritas por mujeres en orden cronológico, son las siguientes:

1. María Luisa Mendoza, *Con él, conmigo, con nosotros tres*, 1971.
2. Asunción Izquierdo de Albiñana ("Ana Mairena"), *Cena de cenizas*, 1975.
3. Martha Robles, *Los octubres del otoño*, 1982.
4. María Luisa Puga, *Pánico o peligro*, 1983.

5. Isabel Arvide, *Los últimos héroes*, 1984.
6. Emma Prieto, *Los testigos*, 1985 y
7. Vilma Fuentes, *Ayer es nunca jamás*, 1988.

La característica que une a todas estas narraciones es la impronta que dejó el movimiento en la vida íntima de sus personajes, especialmente en las protagonistas.

1. En *Con él, conmigo, con nosotros tres*, de 1971, crononovela como la llamó su autora, la referencia a los acontecimientos ocurridos el 2 de octubre en Tlatelolco, le sirven para reflejar el mundo familiar mexicano, tanto el del Bajío, como el de la ciudad de México.

2. *Cena de cenizas*, de 1975, intenta dar una versión coloquial de la masacre de Tlatelolco, a través de dos de sus personajes, a los cuales la autora no logra imprimir una vida propia y creíble; extraídos de un melodrama telenoveler, Izquierdo de Albiñana perdió el buen oficio y el talento exhibidos en otras de sus novelas.

3. *Los octubres del otoño*, de 1982, de Martha Robles, describe el rompimiento de un joven matrimonio de la clase media universitaria, el de Sebastián y Natalia, debido a la actitud machista de él. Natalia, ya separada, se reencuentra con Jacinto, excondiscípulo suyo, intelectual progresista, con el que recuerda el pasado, en el cual hay alusiones a la participación de ambos en el movimiento popular estudiantil de 1968. Estas evocaciones se hacen cada vez más frecuentes e intensas. Natalia vive ahora con Ángel, otro fugitivo del 68, el cual resume la situación de la generación derrotada del movimiento. El recuerdo del 68 se vuelve entonces obsesivo en los personajes de Martha Robles, un calvario en la mente de su personaje Natalia, quien reflexiona desesperada:

¿Dónde encontrar un sentido? Tlatelolco me acosa. Llevamos años en la espera, la herida permanece abierta. Herencia de sangre, tradición de batallas perdidas. Los arreos de los conquistadores brillan en tus ocasos. La servidumbre es huella; el

dolor, memoria en reposo. Todo pasa; es cierto, menos el peso de la conciencia.

4. *Pánico o peligro*, de 1983, de María Luisa Puga, galardónada con el premio Xavier Villaurrutia en 1984, representa la búsqueda de una identidad propia a partir de la historia sentimental e intelectual de su protagonista, así como de su participación en la lucha política y de cómo la represión incide en su vida privada. La tragedia de Tlatelolco marca a la protagonista para toda su vida y es decisiva en su toma de conciencia.

5. *Los últimos héroes*, de 1984, de Isabel Arvide, es un relato de setenta páginas. Sus protagonistas, también de la clase media intelectual universitaria, evocan la presencia de un comandante ausente. Se desarrolla a lo largo de toda la obra un monólogo único en el que varios elementos narrativos entran y salen confusamente, entre ellos, el secuestro de Zuno y los asesinatos cometidos durante la investigación del secuestro se empalman, hasta el momento en que con una corta ráfaga de disparos surge el movimiento estudiantil del 68. La autora ha mantenido al lector desorientado, pero al fin el enigma aparece: estamos ante la historia de la rubia edecán asesinada en Tlatelolco el 2 de octubre; es por esto que este relato merece una comparación con la novela de Velasco Piña, pues al parecer hablan del mismo personaje.

6. *Los testigos*, de 1985, de Emma Prieto, es una novela política, no sólo por los incesantes debates entre los protagonistas, sino también por la atmósfera que envuelve sus motivaciones y sus acciones. Recrea el cambio y la ambivalencia del papel de las mujeres mexicanas, en especial en dos ex-alumnas del Politécnico durante la década de 1968 a 1978, en el contexto del régimen de Luis Echeverría y en el preciso momento en que surge la Teología de la liberación.

7. *Ayer es nunca jamás*, de 1988, de Vilma Fuentes, la cual toma su título de un poema de Antonio Machado,

es la última novela de la que tengo noticias, es también la que de modo significativo rompe con previas representaciones del movimiento estudiantil y de la masacre de Tlatelolco a través de su visión feminista, al abolir narrativamente la frontera entre la esfera pública y la privada, mostrar la contradictoria y marginalizada posición de la mujer que narra la historia, y de postular de modo implícito que toda textualización del pasado histórico es siempre parcial e ideológica. En esta novela la autora asume que la historia es accesible a nosotros sólo en forma narrativa. De tal modo que nuestro contacto con el pasado pasa siempre a través de lo imaginario y sus ideologías. Es también de las primeras novelas mexicanas en explorar la contradicción entre el poder femenino en la esfera privada y la falta de poder en la esfera pública en el contexto del activismo de los sesenta. Eminentemente autobiográfica, Vilma Fuentes recrea sus experiencias en la novela como ex-estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la relación con su esposo de entonces David Huerta, sus amigos, su participación y visión del movimiento estudiantil de 1968, su estancia en un hospital psiquiátrico, su divorcio y salida de México a París, en donde reside desde hace ya varios años. Ella simpatiza con el movimiento, le dio sentido y posibilidad de cambio. En la novela se establece un paralelismo entre el movimiento y las relaciones entre hombres y mujeres. Este paralelismo busca desarticular la división patriarcal que asigna al hombre un papel en la cultura y la política, y a la mujer en lo maternal y lo doméstico. Vilma reclama una igualdad entre hombres y mujeres al tratar las relaciones cotidianas en el espacio público más que en el doméstico. Propone además que su identidad como persona debe estar desligada de su identidad biológica.

Este surgimiento de la importacia de la mujer en el movimiento estudiantil de 1968 tiene su expresión espiritual y trascendente en la novela histórico-biográfica de Velasco Piña, en la cual la protagonista, ficticia o no, tiene su origen en la misma joven edecán del relato de Isabel Arvide, muerta en la Plaza de las Tres Culturas, el 2 de octubre de 1968. Antonio Velasco Piña se dice discípulo de Ayocuan, el autor de *La mujer dormida debe dar a luz*, publicada por primera vez, precisamente en mayo de 1968, obra que lleva ya más de quince ediciones y en la que podemos leer cuáles son los conceptos que el autor de *Regina* tiene sobre la historia. El testigo de esta historia sobre Regina está inspirado en la propia vida del autor, el cual se dice heredero de los proyectos, pensamientos y datos biográficos de la protagonista. Plenamente consciente de su gran compromiso con la historia de México: despertar conciencias dormidas, Velasco Piña ha escrito también otra novela histórica anterior a *Regina*, basada en el personaje de los últimos años del imperio mexica: *Tlacaélel, el Azteca entre los aztecas*. Tanto *La mujer debe dar a luz*, como *Tlacaélel y Regina* forman una trilogía digna de reflexión. *Regina* es además el testimonio de fuerzas cósmicas en el devenir de la historia, en la que presenta junto a lo político, económico y social del movimiento estudiantil de 1968, el fenómeno espiritual que es en esencia. Lo fascinante de esta novela es el hecho de contener en ella "una dosis tan densa de significados mitológicos y políticos que nos dejan ver una nueva presentación en este milenarismo cosmogónico que dormía desde hace siglos en la consciencia nacional". Diecinueve años de investigación tomaron al autor para realizar esta novela. Como "testigo" del movimiento, asegura que, *como todo*, el movimiento estudiantil de 1968 tiene en lo profundo un carácter espiritual que sólo podrá irse comprendiendo cabalmente con el transcurso del tiempo, pero, lo que más nos interesa aquí, es la importancia que da en su obra al

necesario despertar de la mujer; a lo urgente que es el hecho de equilibrar en todos nosotros, hombres y mujeres, la fuerza femenina con la fuerza masculina, equilibrio sin el cual es imposible el despertar de México y el Mundo; es el relato de la lucha de los mexicanos por instaurar ese equilibrio y esa unidad; es la respuesta a la incertidumbre del mestizaje; es la crónica del despertar de la conciencia de los mexicanos.

Para concluir y resumiendo; ya antes del 68 varios movimientos se habían manifestado en contra del presidencialismo autoritario y represivo de los gobiernos emanados del PRI, pero fueron obra de grupos limitados, de carácter gremial, como los de los ferrocarrileros, electricistas o médicos. El movimiento de 1968, no obstante haber sido impulsado por un sector social específico, el de los estudiantes de educación superior, universitarios y politécnicos, no presentó reivindicaciones de grupo, sus demandas rebasaron y siguen teniendo vigencia aún después de treinta años, porque están dirigidas a la sociedad civil: "Únete pueblo!", gritaban. Sus reclamos expresaban y expresan una honda insatisfacción con una situación que no ofrecía y todavía está en vías de ofrecer, cauces de participación. Se trataba y sigue tratando de una denuncia a la falta de democracia de un gobierno que apenas hasta ahora está empezando a entender que ya no es posible, como antes, seguir gobernando verticalmente. Fue un movimiento que juntó a todas las ideologías y a un gran número de "apolíticos". Su llamado a la democracia fue su característica más importante, y ese anhelo general se acompaña ahora por un despertar de la sociedad civil que hace suya la de esa juventud generosa de 1968, que en México, como en París, Praga, Berkley y tantas otras partes del mundo, planteó la urgencia, por primera vez, de la unión de toda la sociedad en la construcción de una democracia participativa, más profunda y radical que la limitada a la controversia entre los diferentes partidos políticos.

¿Por qué ese año de 1968 conserva ese aire mágico que lo hace un modelo de rebeldía y de luz? Indudablemente es por esa *unión* que demandaba de toda la sociedad, por ese *despertar* que promovía en todos los que se le acercaban, por haber conservado “aspectos que no toca el tiempo: una pureza sustancial, un sueño incorruptible, una negación lúdica del poder, la contrapuesta de una libertad libre”. Es por eso que los jóvenes de cada año durante estos treinta años, que han salido a la calle, han celebrado y celebran y hacen suyo el movimiento de los jóvenes del 68, porque este movimiento nunca ha dejado de ser joven. Para una sociedad despierta y con amplitud de miras y de conciencia se hace posible el lema de “prohibido prohibir” o el de “la imaginación al poder”.

Se dice que como pensamos y sentimos somos, que somos nosotros los que creamos al mundo que nos rodea. ¿No estamos por ventura ya cambiando nuestra conciencia individual y por ende en los albores de un cambio de conciencia colectivo? Ésta es la gran esencia que nos dejó esa juventud del 68, la misma en este año de 1998, treinta años después ¡Únete pueblo a este gran cambio! El sufrimiento, el martirio, así, no habrá sido en vano.*

AURORA M. OCAMPO

Centro de Estudios Literarios.

* Conferencia leída en el “Ciclo 68. 30 años después”, en la Coordinación de Humanidades, el jueves 15 de octubre de 1998.